

Segundo Domingo en Cuaresma

Mi padre se encargó de que, cuando yo cumpliera 18 años, me alistara en la lista de reclutamiento. Él sabía que yo iba a solicitar la condición de objetor de conciencia. Pero también él sabía - como yo - que posiblemente no la obtendría. Papá había servido en la Segunda Guerra Mundial. Nunca habló mucho acerca de esos días. Creo que los recuerdos eran muy duros para él. Papá murió hace 12 años, y mientras tanto me he dado cuenta que mi padre todos los días se enfrentó a la posibilidad de la captura, la tortura y la muerte. Sirvió al ejército porque amaba a su país, y sabía que era su deber. También sabía que era su deber, a pesar de sus temores, poner la vida de su hijo en riesgo de la misma manera.

Esto es lo más cerca que puedo llegar a comprender el horror psicológico de la primera lectura de hoy, cuando Abraham, por amor a Dios, ata a su hijo y desenvaina su cuchillo para matarlo personalmente. Cuando Abram tenía 75 años, salió de su tierra natal por mandato del Señor. Tenía una esposa pero no tenían hijos; sin embargo, Dios acababa de prometer descendientes. Veinticinco años más tarde, Sara finalmente concibió. Abraham tenía cien años cuando nació Isaac; Sara tenía 90. Este es el hijo - tal vez 15 años después - que Dios ordenó a Abraham que matara: su fuente de descendientes. No tenemos registro de lo que pensaba o sentía Abraham. Sólo sabemos lo que hizo: Él se levantó, ensilló su animal, tomó lo que necesitaba, agarró a su hijo, y se fue al monte Moria. Se necesitaron tres días para llegar allí - tres días de viajar con su hijo en su silla de montar. ¿De qué hablaron? La única conversación registrada en la biblia es cuando Isaac empieza a preguntarse qué está pasando. “¿Dónde está la oveja? Tenemos el fuego y la leña”, dice. No menciona la cosa más espantosa que han traído con ellos todo el camino - el cuchillo en la mano de su padre.

Sabemos cómo termina esta historia. Un ángel detiene a Abraham justo antes de que degollé a Isaac con el cuchillo. Un carnero trabado en una zarza lo sustituye. Pero la historia es horrible, no importa de qué manera se vea. ¿Cómo pudo Dios pedirle a un padre que sacrificara a su hijo - aunque Dios nunca tuvo la intención de que lo llevara a cabo?

Los padres ponen a sus hijos en riesgo de muchas maneras. Dejan que sus hijos hagan cosas tontas, peligrosas o vergonzosas. Los traen a la iglesia aun cuando sus compañeros piensan que no es padre. Ellos eligen el tratamiento médico que puede ayudar o dañar. A veces los padres mandan a sus hijos a la guerra. Los padres hacen estas cosas por un bien mayor - la importancia de la educación y la formación religiosa, la esperanza de la salud o la seguridad del país. Aun así, la historia de Dios pidiendo Abraham que mate a su hijo sigue siendo preocupante.

Para los cristianos esta historia prefigura el sacrificio de Cristo. Él es como Isaac, el Hijo único, que lleva la leña de su sacrificio por una colina y luego se salva. Vamos a escuchar la historia de Isaac de nuevo en la Vigilia Pascual por esta razón.

Sin más, la historia muestra que Dios crea la vida y Dios es el dueño de la vida. El que una vida se salve o se pierda, le pertenece únicamente a Dios. Por

Segundo Domingo en Cuaresma

nuestra parte, debemos estar dispuestos a obedecer la voluntad de Dios en todo momento, incluso cuando tenemos miedo a los resultados. Afortunadamente, cuando Abraham recibió el segundo mensaje, escuchó una segunda vez y detuvo la masacre. Si él hubiera desobedecido, su pecado habría matado a su hijo. El sacrificio verdadero estuvo siempre dentro de Abraham; sacrificó su voluntad. A veces discernimos la difícil voluntad de Dios correctamente, solamente para descubrir que necesitamos discernir correctamente por segunda vez. Si no lo hacemos, nuestra propia voluntad podría perjudicar a las mismas personas que amamos.